



Oración de Serenidad

Dios, concédeme la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar,
El coraje para cambiar las cosas que si puedo,
Y la sabiduría para conocer la diferencia entre ambas.
Vivir un día a la vez;
Disfrutar un momento a la vez;
Aceptar la dificultad como un paso a la paz;
Tomar, como lo hizo Jesús, este mundo pecador como es,
No como me gustaría que fuera,
Confiando que tú harás todas las cosas correctas
Si me rindo a tu voluntad;
Así podré ser razonablemente feliz en esta vida
Y supremamente feliz contigo por siempre en la eternidad. AMÉN

ESTUDIO DECISIONES QUE SANAN

Principio 1: La Decisión de la Realidad

“He visto sus caminos, pero lo sanaré; lo guiaré y lo colmaré de consuelo. Y a los que lloran por Él les haré proclamar esta alabanza: ¡Paz a los que están lejos, y paz a los que están cerca! Yo los sanaré –dice el Señor– Isaías 57:18-19 NVI

¿De qué necesito sanar?

Puedes estarte enfrentando a la crisis que hoy azota a la humanidad por el COVID-19, y debido a esto estar sufriendo sus estragos, pero también, puedes estar sufriendo por heridas del pasado como:

- * Depresión
- * Temor
- * Heridas
- * Soledad
- * Culpa
- * Ansiedad
- * Codependencia
- * Inseguridad
- * Mentir
- * Controlador
- * Ira, Cólera, Furia
- * Amargura
- * Celos
- * Divorcio
- * Adicción sexual
- * Abuso (de todo tipo)
- * Relaciones dañinas
- * Perfeccionismo
- * Retrasos
- * Egoísmo
- * Manipulador
- * Flojera
- * Desidia
- * Apatía
- * Trabajo Excesivo
- * Apuestas, Juegos
- * Tabaquismo
- * Drogas, Alcohol

Recuerda, que acorde al estudio en el video, lo primero que debes reconocer es que: **NO SOY DIOS.**



Admito que soy incapaz de controlar mi tendencia a hacer lo malo y que mi vida es inmanejable.

“No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, si hago lo que quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena; pero, en este caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo sino el pecado que habita en mí” Romanos 7:15-17 (NVI)

I.- LA CAUSA DE MI PROBLEMA: **TRATAR DE SER DIOS POR MI NATURALEZA PECAMINOSA**

Cómo es que “jugamos” a ser Dios:

Negando nuestra **HUMANIDAD** y tratando de **CONTROLAR** todo por razones egoístas:

- Trato de controlar MI IMAGEN
- Trato de controlar a OTRAS PERSONAS
- Trato de controlar MIS PROBLEMAS
- Trato de controlar MI DOLOR

II.- LAS CONSECUENCIAS por intentar a jugar ser Dios son:

1. TEMOR

“Tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí” Génesis 3:10 (NVI)

Por intentar controlar mi imagen y fingir ante los demás quien no soy.

2. FRUSTACION

“Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal...pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo” Romanos 7:21,23 (NVI)

Por intentar controlar a los demás cuando es imposible, sólo puedo responder por mi comportamiento.

3. FATIGA

“Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí. Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor», y tú perdonaste mi maldad y mi pecado” Salmo 32:4,5 (NVI)

Por intentar controlar mis problemas y ser tan agotador.

4. FRACASO

Quien esconde su pecado jamás puede prosperar; quien lo confiesa y lo deja, recibe el perdón. Proverbios 28:13 (TLA)

Por intentar controlar mi dolor cuando el dolor es incontrolable.

III.- LA CURA: **RECONOCER MI INCAPACIDAD**



Admitir que no soy Dios significa que sé que soy:

- Incapaz de cambiar **PASADO**
- Incapaz de controlar **A OTRAS PERSONAS**
- Incapaz de enfrentar **MIS HABITOS, COMPORTAMIENTOS Y ACCIONES MALAS Y DAÑINAS**

*No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena; pero, en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo sino el pecado que habita en mí. Yo sé que en mí, es decir, en mi *naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí. Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo. ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me libraré de este cuerpo mortal? ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!*
Romanos 7:15-25

Las buenas intenciones, la buena voluntad no bastan. Necesitamos algo más poderoso, **Necesitamos a Dios.**

Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes. Santiago 4:6 (NVI)

GRACIA es: Recibir lo que no merecemos, gracia para poder para cambiar. Y para recibir gracias necesito humillarme.

MISERICORDIA es: No recibir lo que si merecemos

EL PRIMER PASO A LA LIBERTAD

Isaías 57:18

Hoy estamos comenzando una serie a la que hemos llamado “Decisiones que Sanan”, y esperamos que la misma obre grandemente en su persona. Es sorprenderte cómo el mundo se ve mejor cuando su persona es puesta en orden en la forma correcta. En esta serie hablaremos de cómo manejar y vencer las heridas de su vida, los hábitos que están destruyendo su vida y los complejos que han causado dolor en ella. Heridas, hábitos y complejos.

El versículo que hemos elegido como base para este paso de nuestra serie “Decisiones que Sanan” es Isaías 57:18 (DHH), donde Dios dice: “*He visto como han actuado, pero los sanaré. Los guiaré y les ayudaré, y consolaré a los que lloran. Ofrezco paz a todos, a los que están cerca y a los que estén lejos.*”



Esta es una gran promesa de Dios. Note que hay cinco partes en la Sanación que Dios desea hacer en su vida.

Primero, si usted ha sido herido, Dios dice: “Quiero sanarte”. Si está confundido: “Quiero guiarte”.

Si alguna vez se ha sentido sin ayuda para cambiar algo: “Deseo ayudarte a cambiar eso”.

Si alguna vez ha sentido que nadie entiende su problema: “Quiero consolarte.” Si se siente ansioso, preocupado y temeroso: “Quiero ofrecerte paz”.

El hecho, es que la vida es dura. Vivimos en un mundo imperfecto. Somos dañados por otros, herimos a otros y nos herimos a nosotros mismos. La Biblia dice que todos hemos pecado. Eso significa que ninguno de nosotros es perfecto, todos nos hemos equivocado, todos hemos cometido errores. Nos dañamos y dañamos a otros.

Esta serie es para todos. Todos necesitamos sanar, a menos que alguien haya vivido una vida perfecta. Pero si no ha sido así, si no ha vivido una vida perfecta, si ha sido herido, si ha tenido un complejo o hábito del que le gustaría deshacerse, necesita Sanar

¿DE QUÉ NECESITAS SANARTE?

La buena noticia es que sin importar el problema del cual necesites sanar, ya sea emocional, financiero, relacional, espiritual, sexual o de otro tipo, los pasos para sanar son siempre los mismos. Estos no varían.

Los principios para la sanación se encuentran en la Biblia. Hemos resumido estos principios en torno a la palabra “**R.E.C.U.P.E.R.A.**”. Estudiaremos una letra en cada paso y miraremos los ocho pasos resumidos en “Decisiones que Sanan.”

EL PRIMER PASO: La “R” en RECUPERA significa **RECONOCER.**

Reconozco que no soy Dios. Admito que soy incapaz de controlar mi tendencia a hacer lo malo y que mi vida es inmanejable.

- ¿Se queda despierto hasta tarde cuando sabe que necesita dormir?
- ¿Come o bebe más calorías de las que su cuerpo necesita?
- ¿Siente que debe hacer ejercicio pero no lo hace?
- ¿Conoce lo que es correcto pero no lo hace?
- ¿Sabe que algo está malo pero de todas formas lo hace?
- ¿Se ha dado cuenta alguna vez de que no debe ser egoísta pero de todas maneras lo es?
- ¿Ha intentado alguna vez controlar a alguien o algo y se ha dado cuenta de que usted mismo era incontrolable?



Si su respuesta es “sí” a cualquiera de estas preguntas, bienvenido a la raza humana. Todos necesitamos sanación.

I. LA CAUSA DE MI PROBLEMA: MI NATURALEZA PECAMINOSA

La Biblia tiene una forma de expresar esto. En ella se le llama a esta tendencia nuestra “*naturaleza pecaminosa*”. La naturaleza de pecado nos lleva tanto a usted como a mí a toda clase de problemas. Hago cosas que no son buenas para mí, las hago aun cuando son autodestructivas. Sin embargo, no hago las cosas que son buenas para mí. Respondo de la manera incorrecta cuando soy herido y con esto solo consigo aumentar el daño, en lugar de disminuirlo. Reacciono de la manera incorrecta con las personas. Las trato de la manera equivocada y luego, cuando me doy cuenta de que esa actitud no va a funcionar, esto me afecta a mí. Intento resolver problemas y a menudo, cuando creo que los he arreglado, compruebo que se vuelven peor de lo que estaban antes.

Proverbios 14:12 (NVI) dice: “Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte”.

Usted siempre va a tener esa naturaleza pecaminosa, ese deseo de hacer lo malo. Este permanecerá siempre con usted hasta que llegue al cielo. Y aun cuando sea cristiano, todavía tendrá deseos que lo empujen hacia el mal. Pablo entendió esto. En

Romanos 7:15 él dijo: “No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco”.
¿Le suenan familiares estas palabras? “Termino haciendo lo que no quiero hacer y termino no haciendo lo que quiero hacer”.

El primer paso para sanar es que usted entienda la causa de este problema. ¿Por qué sucede esto en mi vida? Primero, necesita entender la causa del problema, luego las consecuencias y más tarde la cura para el mismo.

¿Cuál es la causa de mi problema? La causa de todos sus problemas es esta: “Quiero ser Dios”. ¿Le gustaría decidir lo que es bueno y lo que es malo? Usted dice: “No quiero que nadie me diga lo que es bueno y lo que es malo; quiero decidirlo por mí mismo. Quiero hacer lo que quiera, quiero hacer mis propias reglas. Quiero ser el centro del universo. Quiero ser mi propio jefe, vivir a mi manera, si me siento bien haciendo algo, pues, adelante. No quiero que nadie me diga qué hacer con mi vida”. Eso se llama jugar a ser Dios. Lo que en realidad está diciendo es: “Quiero controlar”. Y mientras más inseguro sea usted, más empeñado estará en controlar. Mientras más inseguro sea, más desea controlarse a sí mismo, controlar a otras personas, controlar su ambiente. A eso se le llama querer jugar a ser Dios.

Este es el problema más antiguo del hombre. Aun Adán y Eva lo tuvieron. Dios los puso en el paraíso y ellos trataron de controlarlo. *Dios dijo: “Pueden hacer todo lo que quieran en todo este paraíso excepto una sola cosa: No coman de este árbol”.*



¿Y qué hicieron ellos? Fueron directamente hacia ese árbol, que era lo único en el Paraíso a lo que Dios le había puesto límites. Satanás dijo: “Coman esta manzana (o lo que haya sido) y sean dioses”. Ese ha sido el problema desde el principio. Querer ser Dios. Querer tomar las decisiones uno mismo. Querer vivir nuestra propia vida.

Queremos estar en control. ¿Cómo jugamos a ser Dios? Negando nuestra humanidad y tratando de controlar todo por razones egoístas. Queremos estar en el centro de nuestro universo. El control es el asunto real. Queremos estar en control y tratamos de controlarnos a nosotros mismos, a otras personas, a todo lo que está a nuestro alrededor.

¿CÓMO JUGAMOS A SER DIOS?

Tratamos de controlar nuestra imagen. Deseamos controlar lo que otros piensan de nosotros. No queremos que otras personas conozcan realmente cómo somos. Jugamos, usamos máscaras, pretendemos ser otros, somos falsos, queremos que la gente vea ciertos aspectos nuestros y escondemos lo que no queremos mostrar, y negamos nuestras debilidades y nuestros sentimientos. (“No estoy molesto, no estoy disgustado, no estoy preocupado, no estoy asustado”). No queremos que las personas vean nuestro verdadero yo. ¿Por qué tengo miedo de decirle quién soy? Ese es el título de un libro. La respuesta es: Si le digo quien soy realmente y no le gusta, eso es malo para mí, porque soy todo lo que tengo. Es por esto que tratamos de esconder y controlar nuestra imagen.

Tratamos de controlar a otras personas. Los padres tratan de controlar a sus hijos; los hijos tratan de controlar a sus padres. Las esposas tratan de controlar a sus esposos; los esposos tratan de controlar a sus esposas. Las personas tratan de controlar a otras personas. Hay reglamentos en su lugar de trabajo. Los países tratan de controlar a otros países. Usamos muchas estrategias para manipularnos unos a otros. Usamos la culpa para controlar, usamos el temor, usamos la alabanza. Algunos de ustedes usan el látigo del silencio, del enojo y la ira para controlar. Tratamos de controlar a las personas.

Tratamos de controlar los problemas, nuestros problemas. Somos buenos para esto. Usamos frases como: “Lo puedo manejar, realmente no es un problema”. Eso es tratar de jugar a ser Dios. “Puedo manejarlo, estoy bien. Realmente estoy bien”. Queremos estar en control: no necesitamos ayuda y realmente no necesitamos consejo. Tratamos de controlar nuestros problemas: “Puedo dejarlo en cualquier momento. Lo haré a mi manera”. Pero mientras más trate de arreglar su problema por sí mismo, peor será.

Tratamos de controlar nuestro dolor. ¿Ha pensado alguna vez cuánto tiempo desperdicia huyendo del dolor? Tratamos de evitarlo, negarlo, reducirlo, posponerlo y de escapar de él. Y tratamos de hacer esto de



diferentes maneras. Algunas veces tratamos de evitarlo comiendo o dejando de comer. Tratamos de posponerlo bebiendo, fumando, consumiendo drogas, o involucrándonos en una y otra relación. “Esta relación es lo que verdaderamente necesitaba para sentirme completo y realizado” ... y entonces iniciamos esa relación. “Oh, me equivoqué, no era lo que pensaba” ... y terminamos la relación. Y así continuamos una relación tras otra. O desarrollamos algún tipo de hábito compulsivo para tratar de controlar el dolor. O nos volvemos abusivos y nos enojamos con otras personas o nos volvemos críticos o prejuiciosos para esconder el dolor. O nos deprimimos. Hay muchas, muchas formas de tratar de controlar nuestro dolor.

El dolor viene cuando nos damos cuenta, en nuestros tiempos a solas, que nos somos Dios y que no podemos controlar nada, y eso nos atemoriza. (Recuerdo que Chevy Chase solía aparecer en el programa televisivo en vivo sábado por la Noche, diciendo: “Hola, soy Chevy Chase, y usted no”. Y entonces solamente me imagino a Dios diciendo: “Hola, soy Dios y tú no”.)

Ese es el primer paso hacia la sanación. Usted no va a mejorar por usted mismo, reconózcalo. No lo niegue.

II. ¿CUÁLES SON LAS CONSECUENCIAS DE JUGAR A SER DIOS?

He aquí cuatro problemas que siempre aparecen cuando tratamos de jugar a ser Dios:

1. **Temor.** Cuando trato de controlar todo, me atemorizo. Adán dijo: “*Tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí*”. Nos atemoriza el que alguien descubra quiénes somos realmente, que somos falsos, farsantes, que realmente no tenemos el control, que no somos perfectos. Es por eso que no permitimos que nadie se acerque realmente a nosotros, porque descubrirán que interiormente estamos asustados. Y debido a que disfrazamos esto y pretendemos que no es real, llenamos nuestras vidas con temor, asustados de que alguien nos vaya a rechazar, de que no nos amen, o de que no les seamos simpáticos porque no saben realmente lo que somos. “Solo les gusta una imagen de mí. Si supieran realmente como soy, no les gustaría”. Así que nos resentimos y nos llenamos de temor cuando tratamos de jugar a ser Dios.
2. **Frustración.** Es frustrante tratar de ser el gerente general del universo. Me gusta llevar a mis hijos a un restaurante y jugar con el juego del mazo, ese que tiene esas cosas que salen y que se golpean. En el momento en que usted golpea una, sale otra. Es un juego frustrante para mí, porque cada vez que trato de golpear una, otra se levanta; y golpeo esa y aparece otra. Así es la vida. Terminamos con una compulsión y otra sale a flote. Terminamos con un problema y otro aparece. Terminamos con una relación conflictiva y viene la siguiente. Es tan frustrante porque no podemos terminar al mismo tiempo con todas. Caminamos pretendiendo ser Dios: “Soy poderoso, puedo manejarlo”. Si somos tan poderosos, ¿por qué simplemente no terminamos con todo? No podemos, y eso nos frustra.



3. **Fatiga.** Jugar a ser Dios cansa. Tratar de controlar todo, pretender que todo está bien, negar algo, consume mucha energía. En el Salmo 32, David dice: *“Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano... Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad”*. La mayoría de las personas tratan de esconder su dolor y huyen de él manteniéndose ocupadas. Piensan: “No me gusta cómo me siento cuando me deprimó. No me gusta lo que viene a mi mente cuando pongo mi cabeza sobre mi almohada, y no me gustan esos sentimientos y lo que escucho, por lo que me mantengo ocupado”. Huimos del dolor al estar constantemente en un ir y venir. Trabajamos hasta el cansancio. O nos involucramos en algún pasatiempo o algún deporte hasta que se vuelve algo compulsivo, y permanecemos en el campo de golf, en la cancha de tenis, o en cualquier otro lugar todo el tiempo. Incluso podemos involucrarnos en actividades religiosas, podemos tratar de esconder nuestro dolor trabajando de forma agitada en las actividades de la iglesia. Esperamos que cuando nos acostemos y pongamos la cabeza sobre la almohada, estemos tan fatigados que dormiremos y no tendremos que escuchar nuestro dolor.

Si está en un estado constante de fatiga, siempre agotado, pregúntese: “¿De qué dolor estoy huyendo? ¿Qué problema no quiero afrontar que me motiva y me conduce a trabajar y trabajar para estar en este estado constante de fatiga?”

4. **Fracaso.** Cuando trata de jugar a ser Dios, la descripción que hace Proverbios 28:13 (DHH) es una garantía de dónde terminará: *“Nunca tendrás éxito en la vida si tratas de esconder tus pecados. Confíesalos y renuncia a ellos. Entonces Dios mostrará su misericordia sobre ti”*. Necesitamos ser honestos y aceptar nuestras debilidades, faltas y fracasos. Donde la gente, gente real, pueda hablar acerca de sus problemas reales, heridas reales, complejos reales y hábitos reales, sin temor a la crítica. Somos una familia de compañeros en la lucha. No hay ninguna persona que tenga todo bajo control. Todos somos débiles en diferentes áreas y nos necesitamos unos a otros. Y nos necesitamos porque nos volvemos espejos para revelar las heridas unos a otros y ayudarnos mutuamente. Muchas veces otros ven cosas que yo no veo y viceversa.

“Mi problema no es tan malo”. Eso se llama **negación**. ¿Qué tan mal tiene que llegar a estar antes de admitir que necesita ayuda? ¿Qué tan doloroso tiene que llegar a ser ese daño, esa relación, ese dolor, ese problema, esa memoria antes que admita que necesita ayuda? Desdichadamente debido al comportamiento humano, a nuestra naturaleza, postergamos el proceso de cambio hasta que nuestro dolor se vuelve más grande que el temor de cambiar. No cambiamos cuando vemos la luz. Cambiamos cuando sentimos el calor y el matrimonio comienza a destruirse o los niños comienzan a irse por malos caminos, o cuando recibe esa llamada telefónica en medio de la noche. Ahórrese ese dolor, comience pronto su sanación. Un hombre dijo: “A mí me sucedió cuando el ácido de mi dolor finalmente atravesó la pared de mi negación”. **Dios nos susurra en nuestros placeres, pero nos grita en nuestro dolor.** *El dolor es el megáfono de Dios.* Permite que eso lo mueva a buscar ayuda, a enfrentar el hecho que ha estado ignorando por diez, veinte, quizás treinta años. ¿Cuál es el nivel de su dolor? Es una luz de advertencia para usted. Escúchelo.



“Está bien, pero yo puedo resolver mis problemas; esta serie de sanación es para otro, no para mí”. Eso también se llama negación. A menos que haya tenido una vida perfecta, hay algunas cosas con las que necesita tratar. Usted dice: “Puedo manejar mi problema, puedo cuidar de eso”. El hecho es que si usted pudiera manejarlo, lo hubiera hecho, pero usted no puede, por lo tanto no lo hará. Si hubiera podido controlar ese problema, no sería un problema, no lo tuviera con usted hoy. Pero no puede, y no podrá. Esta negación es tan antigua como Adán y Eva. Ellos tenían un problema. Huyeron y se escondieron tras el arbusto. Dios los había hecho y Dios había hecho los arbustos y ahora se estaban escondiendo de Dios. Así de ilógico. Algunas veces le pregunto a las personas: “¿Le ha contado a Dios acerca de su herida, su hábito o su complejo?” Ellas contestan: “Ah, no, no quisiera que supiera de eso”. No puede mejorar hasta que confiese, afronte sus faltas y admita: “Soy incapaz”.

III. LA CURA

El primer paso para sanar es admitir **mi incapacidad**. La Biblia dice que al hacerlo encontramos fortaleza. Esta no es una idea popular en la cultura americana de autosuficiencia, la cual dice: “Levántese por sí mismo, no dependa de nadie más, usted solo puede”. Y lo convierte en una especie de Llanero Solitario. Pero admitir la incapacidad es el primer paso esencial para iniciar a sanar. Reconozca que es incapaz de hacerlo por usted mismo. Necesita a otras personas y necesita a Dios.

Admitir que no soy Dios significa que reconozco tres hechos importantes de la vida. La madurez viene cuando:

1. Reconozco que soy **incapaz de cambiar mi pasado**. Duele, todavía lo recuerdo, pero todo el resentimiento del mundo no va a cambiar esa realidad. Soy incapaz de cambiar mi pasado.
2. Reconozco que soy **incapaz de controlar a otras personas**. Trato, me gusta manipularlos, utilizo toda clase de pequeños trucos, pero no funciona. Soy responsable de mis acciones, no de las de otros. No puedo controlar a otras personas.
3. Reconozco que soy **incapaz de hacer frente a mis hábitos, comportamientos y acciones dañinas**. Las buenas intenciones no son suficiente. Cuantas veces lo ha intentado, ha fracasado. La fuerza de voluntad no es suficiente. Necesitamos algo más que fuerza de voluntad. Necesitamos a Dios, porque él nos hizo para necesitarle.

Santiago 4:6 (NVI) dice: “Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes”. Gracia es el poder para cambiar. Gracia es el poder que Dios nos da para hacer en nuestra vida los cambios que queremos hacer y que él desea que hagamos. Y para sanar de las heridas, complejos y problemas en nuestra vida, necesitamos la gracia de Dios. ¿Cómo la obtenemos? Solamente de una forma. **Ser humilde.**



Permítame preguntarle, ¿qué aspectos de su vida necesitan cambiar? ¿Qué herida, complejo o hábito ha estado tratando de ignorar? Para muchos este paso será el más difícil, reconocer que sus vidas necesitan cambios. Me alegra que sea el número uno, porque cuando haya dado este paso, habrá vencido la mayor dificultad y admitirá: “Tengo un problema, tengo una necesidad, tengo una herida”. Para muchos puede parecer difícil y humillante reconocer esto, decir: **“No soy Dios y no tengo tanto control como me gustaría que todos pensarán. No tengo el control de nada”**. Pero si les dice eso a los demás, no se van a sorprender, porque lo saben. Dios lo sabe, usted lo sabe, solamente necesita admitirlo. Esto significa ser honesto y afrontar un problema que ha querido ignorar por mucho tiempo. Acompañeme estas ocho semanas en este camino a la libertad, en **“Decisiones que Sanan.”**

*“Programa basado en “Celebremos la Recuperación” autores John Baker y Dr. Rick Warren”
Publicado en inglés bajo el título: Celebrate Recovery Por The Zondervan Corporation ©1998 por John Baker*